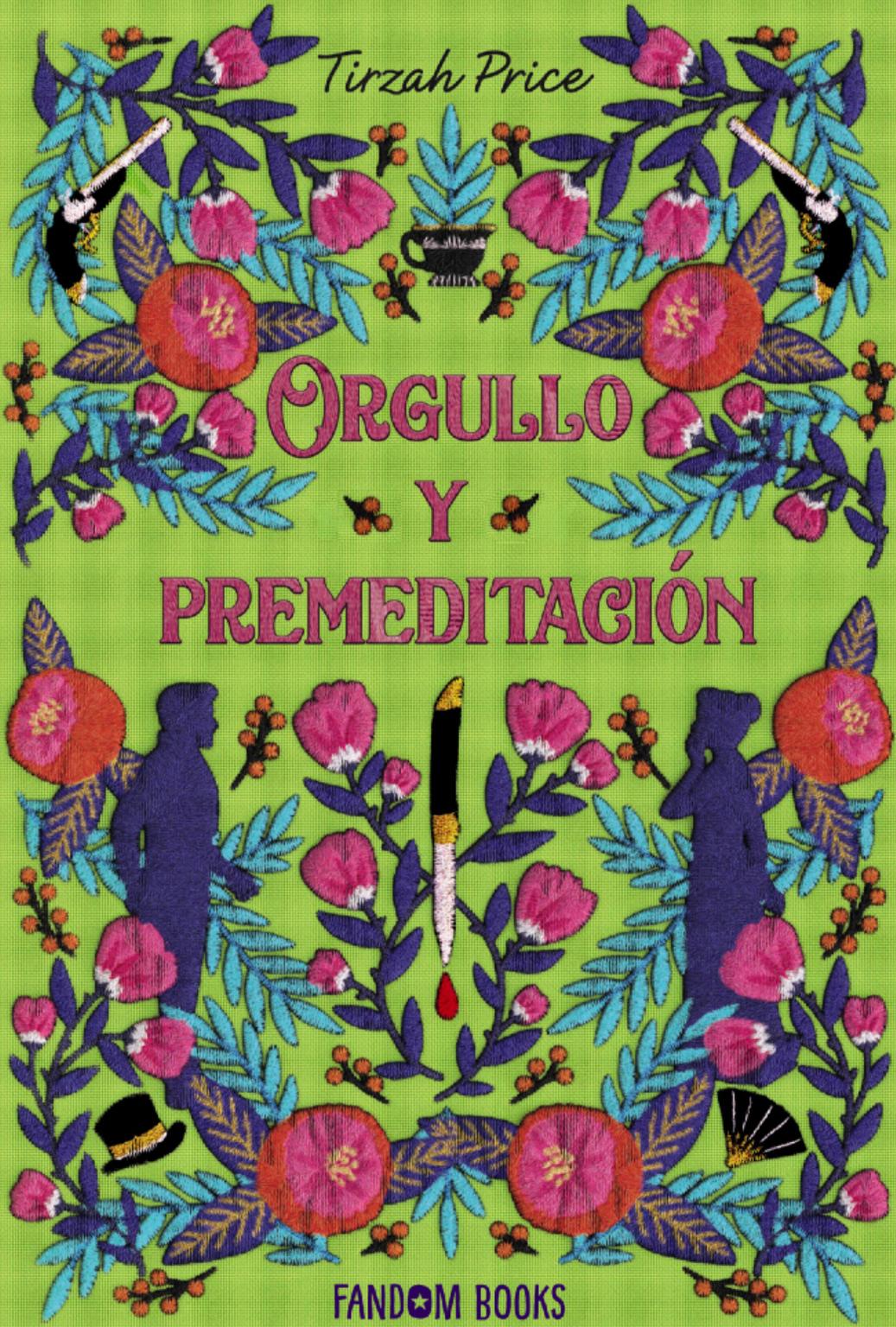


Tirzah Price

ORGULLO
Y
PREMEDITACIÓN

FANDOM BOOKS



ORGULLO
Y
PREMEDITACIÓN

Título original: *Pride and Premeditation*

1.ª edición: octubre de 2023

© Del texto: Tirzah Price, 2023

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books,
una filial de HarperCollins Publishers.

Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Ana Belén Fletes, 2023

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2023
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Corina Lupp

ISBN: 978-84-18027-77-2

Depósito legal: M-21229-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Tirzah Price

ORGULLO
Y
PREMEDITACIÓN

Traducción de Ana Belén Fletes

FANDOM BOOKS

*Dedicado a todas esas chicas perseverantes
y testarudas decididas a forjarse nuevos caminos.*

«Hay una especie de terquedad en mí
que nunca me permite que me intimide nadie.
Por el contrario, mi valor crece
cuando alguien intenta intimidarme».

Orgullo y prejuicio
JANE AUSTEN

«El instinto es algo maravilloso...
No se puede explicar ni ignorar».

El misterioso caso de Styles
AGATHA CHRISTIE

CAPÍTULO 1

EN EL QUE OFENDEN A NUESTRA HEROÍNA
Y ENCUENTRA LA POSIBILIDAD DE REAFIRMARSE

Es una verdad reconocida universalmente que una idea brillante concebida y ejecutada por una mujer joven e inteligente tiene que atribuírsela un hombre.

Elizabeth Bennet estaba de pie en las oficinas del bufete de abogados llamado con bastante optimismo Longbourn e Hijos mirando al señor Collins, el joven socio de su padre, con toda la hostilidad de que era capaz. Sin embargo, él no le hacía ni caso mientras divertía a los empleados del bufete con detalles de sus aventuras, las de Elizabeth, como si fueran las de él.

—Nada más presentarnos su caso, supe que algo no cuadraba en la historia de la señora Davis. ¿Su marido acusado de malversación y ella, la mujer de un contable, vestida como una baronesa? —dijo, y soltó una carcajada áspera que dio a Lizzie dolor de cabeza.

¡El señor Collins había estado demasiado ocupado dándose aires como para fijarse en algo tan «trivial» como el estado de la ropa de una mujer! Si Lizzie le pidiera que cerrara los ojos y dijera de qué color era el *spencer*¹ que llevaba ella puesto en ese momento,

¹ Chaqueta muy corta ajustada al torso por debajo del pecho muy utilizada a principios del siglo XIX. Surgió como prenda de abrigo para ponerse encima del vestido camisa de talle alto, de moda tras la Revolución francesa. (*Todas las notas son de la traductora*).

dudaba mucho que fuera capaz de hacerlo. (Un fino brocado esmeralda, que conste en acta. Jane, su hermana mayor, había dicho en una ocasión que una chaqueta de ese color le iluminaba los ojos).

El padre de Lizzie, el señor Bennet, escuchaba al señor Collins con la paciencia de un hombre acostumbrado a soportar a esas personas cargantes cuando hablan.

—¿Y qué pasó después?

—Hice todas las preguntas oportunas, pero seguía teniendo dudas. Fui a visitarla tres días después para indagar más. En un determinado momento se puso tan nerviosa que se excusó y salió de la sala, y yo... aproveché para echar un vistazo al escritorio. Esperaba encontrar algún documento con cantidades de dinero o una carta...

El hombre titubeó y Lizzie enarcó las cejas.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

Nadie le prestó atención y el señor Collins continuó.

—Lo que encontré fue una nota bastante íntima firmada con las iniciales J. A. Me pareció de lo más sospechoso, así que pregunté a los vecinos y me enteré de que la señora Davis salía de casa todos los martes y jueves por la tarde a la misma hora. Muchas veces se pasaba varias horas fuera. La seguí al día siguiente y fue cuando descubrí la identidad de J. A.: ¡John Alson, el jefe de su marido!

Charlotte, la mejor amiga de Lizzie, escuchaba desde su mesa y ahogó un grito de sorpresa al oírlo. Como secretaria del bufete, estaba al tanto de muchos detalles escandalosos relacionados con los casos, pero normalmente no eran tan indecentes como ese. Esa había sido justamente la reacción de Lizzie al descubrir, porque había sido ella la que lo había descubierto, que la señora Davis había mantenido una aventura con el mismo hombre que había acusado a su marido, James, de malversación.

—¡Un montaje retorcidamente astuto! Y ahora le entrego el caso a usted, señor, como abogado con capacidad para actuar ante el tribunal, para que demuestre la inocencia de nuestro

cliente y exija justicia. —Con gran ceremonia, el señor Collins le entregó las cartas que Lizzie se había llevado del escritorio de la señora Davis, e hizo una leve reverencia a su público.

Longbourn e Hijos no era un bufete grande. Estaba formado por el padre de Lizzie, el patán de Collins, de veinte años, tres procuradores más, dos pasantes y Charlotte, la secretaria. Sin embargo, a Lizzie le hervía la sangre al ver cómo Collins se atribuía el mérito de haber encontrado unas pruebas que en realidad había descubierto ella.

—Voy a retorcerle el pescuezo —masculló lo bastante alto como para que Charlotte le dirigiera una mirada nerviosa.

—Lo importante es que un hombre inocente quedará libre dentro de poco —dijo su amiga.

—Supongo.

—Lizzie, sabes que con toda probabilidad...

Charlotte dejó la frase a medias, consciente de que lo que iba a decir era algo que Lizzie ya sabía, que ella no podría defender el caso de la señora Davis personalmente, por muchas ganas que tuviera de entrar en el colegio de abogados. Daba lo mismo; aunque los tribunales aceptaran a una mujer en la abogacía, primero tendría que convencer a su padre de que esa función era apropiada para su amada hija de diecisiete años.

—Ya lo sé —dijo Lizzie—, pero ¡eso no le da derecho a robarme el trabajo!

Collins estaba ahí recibiendo palmadas en la espalda y estrechando la mano a los otros procuradores y a los pasantes, mientras el señor Bennet examinaba las cartas. Poco a poco, el silencio fue restableciéndose en la sala mientras esperaban a que el jefe emitiera su veredicto.

—Esto está muy bien, Collins, muy bien. Hablaré con el juez de inmediato. —Guardó silencio un buen rato y finalmente añadió—: Aunque está claro que nuestro cliente no es inocente.

—Sí que lo es. Acabo de decírselo, señor —dijo Collins sonriendo al señor Bennet con una expresión condescendiente que Lizzie detestaba de todo corazón.

Su fuerte era la rapidez mental, pero, según le decía su madre, le perdía la rapidez de su lengua.

—Nuestra clienta es la señora Davis —dijo en voz alta incapaz de seguir aguantándose—. Y ella es culpable sin duda.

Verdaderamente, la paciencia que debía tener Lizzie en aquella oficina era inconmensurable.

A Collins debería haberle dado vergüenza titubear, pero no. De hecho, ni siquiera se volvió para mirar a la joven que lo había corregido.

—Qué más da que sea el señor o la señora Davis. Me atrevería a decir que el señor Davis nos estará tan agradecido por haberlo sacado de la cárcel que estará dispuesto a pagarnos una buena suma.

—No cuentes con ello. La naturaleza del matrimonio es un misterio y, además, es posible que el señor Davis no disponga de fondos —dijo el señor Bennet suspirando.

—Papá, James Davis es el sobrino pequeño de un *baronet* —intervino Lizzie de nuevo—. Por matrimonio, pero... puede que le esté agradecido al bufete por haber evitado que arrastraran el nombre de su sobrino por el fango.

Lizzie dejó la sugerencia en el aire, disfrutando mucho al ver que a Collins iban a saltársele los ojos de las órbitas.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—La señora Davis me lo dijo. ¿No le comentó nada cuando fue a verla? —contestó Lizzie clavando la mirada en Collins por si vislumbraba una sombra de arrepentimiento o vergüenza, pero al no hallar ni una cosa ni la otra, se volvió hacia su padre y añadió—: Es maravilloso de lo que te enteras cuando vas a visitar a la señorita Lucas.

«Visitar a la señorita Lucas» era la frase clave que usaban Lizzie y su padre cuando esta echaba una mano en la oficina. Pese a ser un bufete ya consolidado que contaba con una buena reputación, Longbourn e Hijos no era un negocio floreciente. Entre que al señor Bennet le gustaba más estudiar las leyes que ponerlas en práctica y su inepto socio, el bufete andaba a trancas y barrancas, aun con la ayuda disimulada de Lizzie.

—Muy bien —dijo el señor Bennet—. Vamos a mi despacho, por favor, Elizabeth.

A Lizzie le encantó pasar junto a un irritado Collins de camino al despacho de su padre. Estaba hecho un verdadero desastre y era su lugar favorito del mundo. Siempre olía a tinta y a papel y al aromático tabaco de pipa que la señora Bennet prohibía fumar al señor Bennet cuando estaba en casa. El tablero de madera de roble de la gran mesa estaba hasta los topes de libros, papeles y un montón de tinteros medio vacíos. Aunque aquel desorden suponía un desafío para la inclinación natural de Lizzie hacia el orden, adoraba todo lo que representaba aquel despacho: conocimiento, esfuerzo, agilidad mental, búsqueda de la justicia. Los casos que se estudiaban en aquel despacho le resultaban mucho más fascinantes que cualquier drama de los que tenían lugar en la sala de estar.

—Papá —comenzó nada más sentarse ambos—, el señor Collins está mintiendo otra vez.

—Ya lo sé. ¿Pensabas que iba a creer que había ido a ver a la señora Davis? No tiene ni pizca de empeño.

Lizzie sonrió. Aquello iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—Sin embargo, no debes provocarlo delante de los demás, Elizabeth. Será tu superior algún día y no está bien ponerlo en ridículo.

La sonrisa de Lizzie se esfumó. Otra vez la discusión de siempre.

—Al señor Davis iban a colgarlo y el señor Collins no habría hecho nada para evitarlo. Solo se lo dije porque tú no estabas y la vista es mañana.

—¿Ha sido solo por eso? —preguntó su padre.

Lizzie se fijó en una mancha de tinta que había en la madera de la mesa. Seguro que se le estaba terminando otra vez el papel secante. Sería mejor que se pasara por la papelería de camino a casa.

—No. Le oí decir que no había nada que hacer cuando llegué con las pruebas, las que yo había conseguido, y no pude evitarlo.

Mostrarme en desacuerdo con el señor Collins es demasiado divertido.

—Una cosa es tener razón y otra muy distinta ir por ahí pregonándolo siempre —dijo él.

—Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que la señora Davis y el señor Alston engañaron al pobre señor Davis probablemente con la intención de casarse en cuanto se lo quitaran de en medio.

—Y todos sabemos que tú tienes bastante más de dos dedos de frente.

—Por eso deberías contratarme a mí en vez de a un desconocido.

Lizzie había intentado pillar a su padre desprevenido, pero por cómo la miró parecía que esperaba que fuera por ahí.

—¿Has estado hablando con Charlotte?

—He visto el anuncio de empleo —contestó ella—. Como contable y ayudante oficiosa, he de advertirte de que contratar a otra persona no es lo más adecuado para el bufete ahora mismo.

Su padre tomó un montón de contratos que la propia Lizzie había leído y corregido y dejado sobre la mesa para la aprobación final y las firmas correspondientes.

—Cuando acepten a Collins en el colegio de abogados y se pase el tiempo en los tribunales, nos faltará un procurador. Es mejor traer a alguien ahora, antes de que nos haga falta.

Lizzie apretó los dientes para no decir lo que verdaderamente pensaba, que Collins era un completo inútil. Era vago y daba más problemas que los que resolvía. El señor Bennet y ella se pasaban el día arreglando sus meteduras de pata. Tal como ella lo veía, sus defectos como procurador, donde lo único que se esperaba de él era que se ocupara de los asuntos legales fuera del tribunal, no le auguraban el éxito defendiendo a sus clientes ante los tribunales².

² En el Reino Unido, los abogados se dividen entre *solicitors* y *barristers*. Los primeros se encargan de la documentación legal, reunir pruebas y hablar con los clientes y los testigos para preparar el caso para los segundos, que son los que actúan ante los tribunales,

Por alguna razón, su padre se negaba a ver la verdad. Era como si esperase que asistir a uno de los colegios de formación de abogados para prepararse para actuar ante los tribunales fuera a transformar a Collins en otro hombre. Tal vez fuera porque era el heredero único del negocio y de la fortuna bastante mermada de la familia Bennet. Puede que fuera simplemente porque Collins era el hijo de su primo. Fuera como fuera, cuando este se presentó en la puerta con una benefactora y varias cartas de recomendación pasables, el padre de Lizzie lo acogió como al hijo que no había tenido.

—Pero si tienes que contratar a alguien, ¿por qué no me contratas a mí? —insistió ella—. Ya hago gran parte del trabajo y puedo seguir como aprendiz sin cobrar hasta que volvamos a tener beneficios y...

—Elizabeth —la interrumpió—, no puedo ir en contra de los deseos de tu madre en lo que a tu futuro se refiere.

Los dos se irguieron ligeramente en sus respectivos asientos como si con solo mencionar a la señora Bennet fuera a aparecer allí de repente. Era una idea absurda, puesto que Lizzie no recordaba que su madre hubiera pisado la oficina en toda su vida. El mero hecho de estar allí podría causarle uno de esos ataques de nervios a los que siempre estaba a punto de sucumbir.

—Mamá tiene buenas intenciones —dijo Lizzie, lo que en realidad era una forma amable de decir que la señora Bennet no conocía a su hija—. Pero yo no quiero casarme con un abogado; yo quiero ser abogada. Y quiero que tú me apoyes, más que ninguna otra persona.

El señor Bennet le dirigió una pequeña sonrisa de satisfacción de las suyas. Lizzie estaba segura de que era la única que tenía acceso a ese lado de su padre: alegre y divertido ante una pequeña demostración de rebeldía.

y pueden representar tanto a particulares como a la Corona. Hay que pasar unas pruebas para ello. En el original se habla todo el tiempo de *solicitor* y *barrister*, y se ha traducido como «procurador» y «abogado defensor ante los tribunales», respectivamente, para marcar la diferencia.

No se hablaba de ello, pero no era ningún secreto que Lizzie y su padre compartían un vínculo especial. Su hermana mayor, Jane, era encantadora y educada y considerada, y, sinceramente, Lizzie sabía que era la única de la familia que jamás dejaría en evidencia a su padre. A Mary, Lydia y Kitty, sus hermanas pequeñas, no les interesaba nada más allá de lo que se hablaba en la sala de estar. Lizzie estaba segura de que su padre deseaba en secreto que ella hubiera sido un chico, y aunque a ella le gustaba ser una mujer joven, a veces deseaba no ser una joven dama.

—Sería una situación inusual —reconoció—, pero ya tengo diecisiete años, y si fuera chico no tendrías ningún problema en ofrecerme el puesto.

El hombre se quedó mirándola un buen rato. Lizzie no se atrevía a respirar siquiera con la esperanza de que su padre estuviera considerando realmente lo que acababa de decirle. Si conseguía que cediera en ese aspecto, tal vez tuviera alguna posibilidad de que le permitiera formarse para ser abogada. Pondría en evidencia a Collins en todo lo que hiciera si conseguía convencer a su padre.

—No es que rechace tu argumento —dijo finalmente—, pero tu forma de persuasión se apoya demasiado en el *pathos*.

Lizzie se habría reído si el tema de conversación fuera otro. Había sido su padre quien le había enseñado los tipos de persuasión según Aristóteles³: *pathos*, *ethos* y *logos*. El *pathos* buscaría emocionar a su padre, que era justo lo que ella había intentado hacer. El abogado se había percatado de ello, claro.

—Teniendo en cuenta que no tengo autoridad ni experiencia y no puedo hacer uso del *ethos*, spongo que preferirías que me apoyara en el *logos* —dijo ella.

Su padre se rio con suavidad.

—Si eres capaz de convencerme de que te contrate usando la lógica y los datos, me lo pensaré. Lo cual es una buena oferta

³ Según Aristóteles, se puede intentar convencer a alguien de la validez de un argumento mediante tres tipos de persuasión: el *pathos* (emoción), el *ethos* (credibilidad) y el *logos* (razón).

teniendo en cuenta el rapapolvo que me va a echar tu madre por ello.

Lizzie no sabía si lo decía solo para complacerla, así que optó por desplegar una ofensiva de todos modos.

—¡Pero yo he resuelto el caso Davis! El señor Collins se ha apropiado de mi trabajo. Yo soy más competente que él.

—Yo asigné el caso a Collins —repuso su padre—. No, demuéstreme que estás capacitada para este trabajo y deja a un lado el desprecio que sientes hacia él.

Lizzie le dio vueltas a la proposición, debatiéndose entre la emoción ante la oportunidad que se le presentaba y el resentimiento por tener que trabajar el doble para demostrar su valía, mientras que a Collins se lo daban sin más. Sabía que debería aceptarlo, no recibiría una oferta mejor, pero el instinto que la llevaba a discutir se lo impedía.

Como si percibiera la lucha interna de su hija, el señor Bennet se inclinó por encima de su terriblemente desordenado escritorio y añadió:

—Yo te aprecio y el trabajo que llevas a cabo con los contratos es incalculable. ¿Quién sabe? A lo mejor casarte con un abogado algún día, en un futuro lejano, no es tan malo.

Lizzie se cruzó de brazos.

—No voy a casarme con el señor Collins.

Incluso su padre se mostró horrorizado ante la idea.

—¡No, por Dios!

Al salir, Lizzie se detuvo delante de la mesa de Charlotte a ajustarse la capota⁴ y ponerse los guantes.

—¿Te manda a casa? —preguntó en voz baja su amiga.

—No exactamente —contestó Lizzie, que sabía que allí era donde su padre esperaba que fuera. Pero no conseguiría que la

⁴ Tocado que envolvía toda la cabeza, a diferencia de los sombreros, y se sujetaba con cintas por debajo de la barbilla.

contratase quedándose en su habitación bordando—. Me ha dicho que me contratará si lo convengo usando la lógica.

—Eso es fácil para ti —dijo Charlotte apoyando a su amiga incondicionalmente.

Lizzie suspiró antes de contestar.

—El problema es que le he dado numerosos argumentos que demuestran que soy la mejor candidata. Hago la mayor parte del trabajo de Collins, ya conozco el funcionamiento del bufete, leo la mayoría de los contratos... ¿Qué más tengo que hacer?

Charlotte miró a su alrededor por si había algún pasante cerca y le susurró:

—¿Y si echas un vistazo a los casos nuevos, los que aún no se han asignado a nadie? —Abrió el cajón en el que guardaba las solicitudes de representación ordenadas por tipo de querrela y querellante. Le indicó con un gesto que rodeara la mesa y lo mirase por sí misma—. Si ves algún caso moderadamente complejo, preferiblemente de los que den dinero...

—Qué astuta —dijo Lizzie con tono de aprobación mientras hojeaba las cartas—. Por eso eres una secretaria excelente.

—No creo que tu padre me contratara por mi habilidad para moverme a hurtadillas —respondió Charlotte.

—Te contrató porque necesitaba a alguien fiable y organizada. —Sacó una carta y la examinó, pero terminó descartándola. Los casos de infidelidad eran muy aburridos—. Ojalá mostrara la misma consideración con su propia hija.

—No seas tan dura con él. Yo no trabajaría si no me quedara otro remedio y si tuviera un padre como el tuyo...

—Lo sé —dijo Lizzie consciente del tono de anhelo de su amiga.

Charlotte era la hija de un comerciante de éxito y una hermosa mujer de las Indias Occidentales. Su matrimonio había sido un escándalo en su época, pero los dos fallecieron cuando Charlotte no era más que un bebé y la crio el socio de su padre, un amigo del señor Bennet. Aceptó el trabajo en Longbourn al

encontrarse con veintitrés años y sin marido. No solo era organizada y muy capaz, sino una gran confidente para Lizzie.

—Pero piénsalo. ¿No sería maravilloso que las dos trabajáramos aquí juntas? —añadió Lizzie.

Charlotte la miró con una débil sonrisa.

—Mucho. Así que ya estás buscando tu caso perfecto.

Pero sus maquinaciones se vieron interrumpidas por el carraspeo de una voz masculina a sus espaldas.

—Señorita Elizabeth, ¿otra vez hurgando entre los expedientes?

Lizzie dio un respingo con sensación de culpabilidad y a continuación se levantó. Estaba en cuclillas al lado del archivador. Collins se acercó esforzándose por mirarla desde arriba, pero era difícil porque Lizzie le sacaba siete centímetros largos.

—Señor Collins —dijo ella de manera inexpresiva. Se quedó mirándolo fijamente preguntándose si sentiría algo por lo que había hecho un rato antes. ¿Bochorno? ¿Culpa? ¿Remordimiento?

—¿No debería estar en casa cosiendo? —preguntó él con tono frívolo. Su sonrisa de suficiencia respondía a su pregunta sobre la culpabilidad que pudiera sentir, o su falta, más bien—. ¿U ocupándose de otras tareas más apropiadas para su... posición?

Cuando estaba muy enfadada, Lizzie sabía que lo mejor era contar alguna cosa, cualquier cosa que tuviera delante, hasta calmarse. Se fijó en los relucientes botones metálicos de la chaqueta del hombre: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Ahora podía responder.

—¿Y cuál es esa posición? —preguntó.

—La de una dama, y soltera, además.

—No creo que mi sexo o mi estado civil sean de su incumbencia.

—Pero podrían serlo.

Collins le sostuvo la mirada más de lo necesario y Lizzie sintió unas ganas horribles de emplear un lenguaje que había oído

por casualidad en una de sus misiones de reconocimiento en la zona de los muelles. Primero se había negado a cumplir con su trabajo en el caso de la señora Davis, después le robaba el trabajo a ella, ¿y ahora sugería que pudiera existir una incipiente relación entre los dos?

Al final, Lizzie decidió insultarlo siguiendo las formas de Shakespeare. Le parecía más elegante.

—Yo deseo que seamos como dos extraños⁵ —respondió ella con frialdad.

Collins tardó un momento en encajar el golpe y su expresión de falsa cortesía pasó a ser de claro resentimiento. Alargó el brazo por detrás de Lizzie y cerró de golpe el cajón del archivador.

—¡Estos expedientes son asunto confidencial de Longbourn e Hijos, señorita Elizabeth!

Lizzie notó que se ponía roja.

—Mi padre...

—Oh, sí, vamos a contarle a su padre que ya está otra vez entrometiéndose en los asuntos del bufete.

La había pillado. Su padre le había dicho que no utilizara a Collins para defender su argumento. ¿En qué lugar la dejaría si entrara en su despacho cinco minutos después quejándose de que Collins se estaba metiendo en medio? Tenía ganas de decir algo inteligente para borrarle aquella desagradable sonrisita de la cara.

Antes de que se le ocurriera algo, la puerta del bufete se abrió de golpe. Lizzie, Collins y Charlotte miraron hacia allí y... no había nadie. O sí. Lizzie bajó la vista y se encontró con un niño, con la mugre de los pilluelos que se pasaban el día por la calle pero bien vestido con chaqueta y gorra, que la miraba. Se quitó la gastada gorra de la cabeza.

—Les pido disculpas, señoritas —dijo tratando de recuperar la respiración—. No... quería... asustarlas...

⁵ La frase que cita de Shakespeare aparece en *Como gustéis* (acto III, escena 2, p. 247, ed. Cátedra).

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —gritó el señor Collins. Lizzie pensó con aire burlón que era la primera vez en toda la semana que tenía a alguien más bajo que él a quien darle órdenes—. ¡Este es un bufete respetable!

—Cálmese, señor Collins —dijo ella, incapaz de aguantarse la risa—. Viene a verme a mí.

—¿Y qué asuntos puede tener que tratar usted con un golfillo callejero?

—¡Asuntos que no son de su incumbencia! —contestó ella, mirándolo con odio, tras lo cual invitó a entrar al niño—. Pasa, Fred.

Fred seguía jadeando cuando Lizzie lo condujo hacia una mesa vacía situada en un rincón de la oficina, le pidió que se sentara y fue a buscarle un vaso de agua. Lo había conocido unos meses atrás, y tanto le habían llamado la atención sus dotes observadoras que de vez en cuando le pedía que la informara sobre diversos asuntos, sobre todo si los agentes judiciales de Bow Street apesaban a algún caballero. Longbourn e Hijos necesitaba toda la ayuda que pudiera recabar, y conocer la identidad de los arrestados antes de que se hiciera eco la prensa de sociedad era muy útil.

Fred se bebió el agua a grandes sorbos. Lizzie sabía que tenía que dejar que recuperase el resuello antes de pedirle la información, pero era la primera vez que el niño entraba en las oficinas para hablar con ella. Estaba eufórica, sentía la misma emoción que el día que fue a visitar a la señora Davis y descubrió la carta que le había escrito a su amante. A lo mejor no le hacía falta meterse en el archivador de Charlotte, después de todo.

Pero independientemente de la euforia del momento, Lizzie jamás habría imaginado que cuando recuperase el aliento, el niño la miraría y le diría:

—Señorita, ha habido un asesinato.